

historia de su film —tres policías de Batista que se quedan encerrados dentro de la misma mazmorra donde han torturado a un joven, cuando Fidel Castro y sus hombres toman La Habana— presenta ciertas facilidades dramáticas inevitables, Fraga trata de lograr una tensión que no deba todo a la situación misma, sino a implicaciones psicológicas menos inmediatas. Es decir: Fraga no descarta un último punto de interrogación por lo que a la naturaleza de sus personajes se refiere y, por ello, da a su film un sustrato dialéctico que puede asegurar su valor trascendente.

Estamos ya en la más reciente etapa del cine cubano. Liberados ya de ciertas exigencias propagandísticas elementales, gracias a la producción sistemática de cortos y noticieros didácticos e informativos, los jóvenes realizadores dan rienda suelta a las inquietudes propias del auténtico cineasta, como lo prueban algunos cortos (*La ciudad desnuda*, de Raúl Molina, *10. de Mayo socialista*, de Roberto Fandiño, *Made in USA*, de Joe Massot, *Colina Lenin*, de Alberto Roldán, *Guacanabayo*, de Octavio Gómez, *Hemingway*, de Fausto Canel, *Carnaval*, también de Roldán) en los que se advierte junto a la usual referencia a problemas políticos y sociales, un espíritu de exploración formal, una búsqueda de nuevas vías de expresión que permiten augurar el surgimiento de una magnífica generación de realizadores. En muchos de ellos es dado notar la clara influencia de Resnais y de Chris Marker, que por cierto ha realizado un film de una hora de duración, *Cuba sí*, que merecería por sí solo un comentario extenso.

En tales condiciones el ICAIC acomete la realización de un film de largo metraje que rebasa por primera vez los límites del cine de crónica objetiva. Se trata de una comedia, *Las doce sillas*, basada en la célebre novela humorística de los autores soviéticos Ilya Ilf y Eugene Petrov. Tomás Gutiérrez Alea, especialista en plantearse problemas difíciles, traslada la acción de la obra literaria a la Cuba de nuestros días y así el film se convierte en una sátira contra los deshechos de la vieja sociedad batistiana. Pero importa decir que, dejando aparte toda solemnidad, sabe imbuir al film de un sano espíritu de ironía por el que incluso se hace una suave burla de algunos aspectos de la Cuba revolucionaria. Ello refleja el claro espíritu antidogmático que se advierte en todos los órdenes de la vida cubana de hoy, como reacción contra los inevitables excesos anteriores del sectarismo. Pero hay que decir que si *Las doce sillas* es un film simpático y honesto, que si hay en él una media docena de *gags* verdaderamente buenos, ello no significa que sea una comedia lograda. Bien es sabido que el género, uno de los más difíciles de abordar, presenta exigencias por lo que se refiere al ritmo, a la espontaneidad rigurosamente concertada que es su mejor virtud. Gutiérrez Alea, por esta vez, quizá no haya sabido dar con el tono necesario. De cualquier manera, *Las doce sillas* representa una experiencia interesante, necesaria y aleccionadora.

Bien. Creo que ha sido muy bueno el poder ver todos estos films en el medio mismo que los ha producido. En definitiva, puede decirse que, al margen in-



La protagonista de El joven rebelde

cluso del nivel de calidad que le concedamos, un cine así, ligado y determinado íntimamente por una situación nueva, representa la experiencia global más interesante y prometedora dentro de la historia de la cinematografía de habla castellana. Yo debo reconocer que si ya *a priori* no podía menos que sen-

tir una gran simpatía por un cine nacido en tales condiciones, me he encontrado con algo que no esperaba fuera tan manifiesto: una amplitud de perspectivas, un ánimo abierto a la experimentación, un amor auténtico al cine que, en última instancia, garantizan el mejor de los futuros.

T E A T R O

Carta de Guanajuato

Por Jorge IBARGÜENGOITIA

El autovía salió de México completo, con un cargamento de ancianas que iban a estudiar *Arts & Crafts* en San Miguel Allende, tres jovencitas que iban a una boda en Comonfort, un americano barbón y apoplético de alcoholismo, un misterioso personaje con pinta de jesuita que fue leyendo un libro cuyo título no alcancé a distinguir, y varios representantes de un nuevo fenómeno: turistas argentinos. En Querétaro se subió un cojo que no se atrevió a sentarse junto al americano por considerarlo semidiós, y prefirió viajar de pie (en su único pie) hasta Empalme Escobedo. Al llegar a la estación de San Miguel, un enjambre de chiquillos, al grito de "¡Vienen gringos!", se lanzó contra la puerta del vagón y un policía tuvo que retirarlos a bastonazos.

Decidí caminar hasta el pueblo para que no me cobraran las Perlas de la Virgen, y resultaron ser cuatro kilómetros, con cielo estrellado, luciérnagas, luces a lo lejos, ladridos de perros, y de repente, a medio cerro, un niño recitando a voz en cuello unos versos que empezaban:

"En un salón muy elegante . . ."

y luego, al entrar en la población, los borrachos y los enamorados de costumbre.

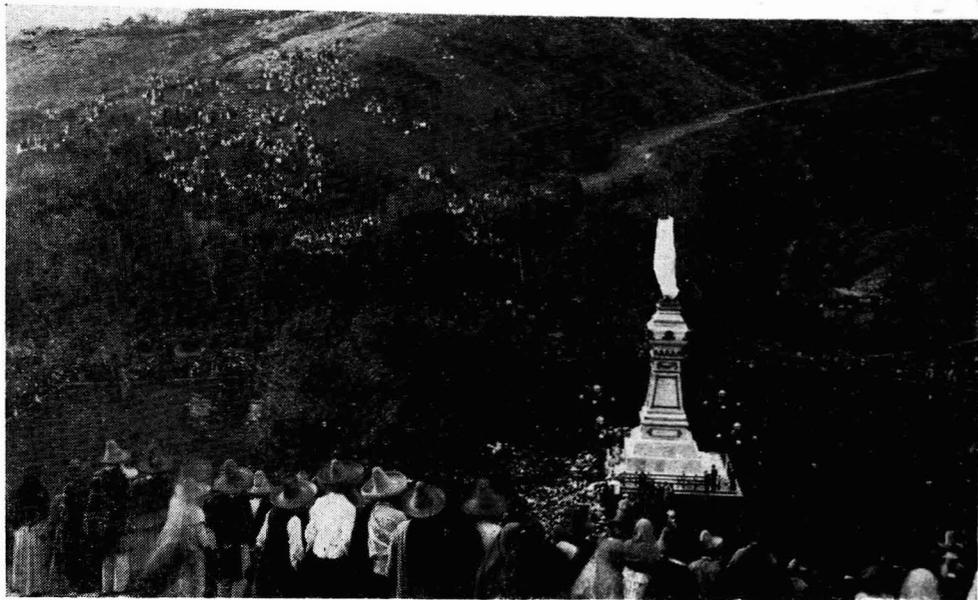
En la plaza estaba la banda sonando muy bonito, y en el comedor del hotel unas americanas vestidas de chinacos. En mi cuarto de baño no había ni jabón, ni toallas, ni foco.

Afuera de la iglesia que está frente al mercado, había unos danzantes cuyo vestuario había sido inspirado en la cerveza xxx. Habían atraído un público compuesto en su mayoría de americanos que contemplaban el espectáculo como si se tratara del *Ballet de L'Opera*.

San Miguel fue fundado por no sé quién ni en qué año; tuvo un florecimiento en el siglo XVIII (época en la que se construyeron las grandes y hermosas casas que actualmente se conservan gracias a que los dueños se quedaron súbitamente en la miseria y no tuvieron dinero para destrozalas y fabricar otras nuevas, más feás, como sucedió en Guanajuato), fue descubierto por José Mojica en los *gay twenties*, y por los veteranos de la guerra en 1946. A fines del siglo pasado, un señor cura local recibió una tarjeta postal de Colonia y construyó una parroquia inspirada en la catedral de la ciudad teutona; esta parroquia es ahora una de las joyas arquitectónicas más apreciadas de San Miguel. La industria local más importante es la enseñanza: en San Miguel se puede aprender cualquier cosa: desde punto de cruz hasta pintar frescos. La mayoría de los habitantes de San Miguel vive de hacer pequeños (o grandes) servicios a los estudiantes. Es evidente que los actuales pobladores de la región son mucho más pobres que sus antepasados. Los estudiantes, por su parte, son todos de origen nórdico, generalmente *retired Hoboken merchants*, y su edad promedio es de 72 años. Se han apoderado de las mejores casas de la población, que arreglaron con bastante discreción y viven en ellas en compañía de una vasta servidumbre aborigen. Sus pasatiempos predilectos, aparte del estudio, claro está, consisten en lo que ellos llaman *to go shopping*, jugar billar, y leer el *Reader's Digest*. A pesar de que en las cantinas las cubas libres cuestan dos pesos, la mayoría de las bebidas se consumen en casas particulares. En 1960 el ayuntamiento local construyó unos jardines babilónicos alrededor del Monumento al Agua, que fue erigido en 1891 en el mismo sitio en donde fue instalada la primera llave de agua.

Varios camiones hacen el viaje directo de San Miguel a Guanajuato, pero por un capricho del destino, todos salen a la misma hora. No me quedó más remedio que tomar uno que venía de Morelia y que iba hasta San Luis Potosí y transbordar en Dolores Hidalgo. A los cinco kilómetros del trayecto el cobrador decidió hacer un chiste guanajuatense que consiste en lo siguiente: preguntarle a una de las mujeres del camión: "¿Era de usted el velís que se cayó?" y cuando ya está histérica y diciendo: "Pare, chofer, pare para buscar mi velís." Decirle: "No es cierto, no se cayó ningún velís." Y luego reírse.

Como todos sabemos, al Cura Hidalgo lo mandaron a Dolores de castigo, con los resultados que son del dominio público. En el mercado no hay ni chiles rellenos y en las calles ni brizna de sombra y para dar con una cantina tuve que caminar cuatro cuadras. Ahora, gracias a los dos monumentos, está más feo que nunca. En Dolores Hidalgo, precisamente, noté por primera vez el Nuevo Fenómeno Guanajuatense:



Fotografía histórica. El principio del fin en 1903

En tiempos pasados, la policía gozó en el Estado de Guanajuato de la benevolencia popular, por varias razones: la primera es que no estaban armados y por consiguiente no podían hacer ningún estropicio; la segunda es que estaban tan mal uniformados que nunca se podía distinguir quién era ratero y quién policía. En Guanajuato había un solo policía secreto al que por mal nombre le decían La Secreta. Los policías servían para recoger borrachos y para indicar a los forasteros el lugar en donde estaban los burdeles. Bueno pues todo eso se acabó. En Dolores vi por primera vez a los nuevos ejemplares, recién bajados de la sierra, con cascos militares, botas fuertes, en parejas, moviéndose entre la gente como si anduvieran buscando a Jack el Destripador. Los hay de dos clases, unos con uniforme azul celeste y otros de caqui, empistolados y con macana, parados en las esquinas, sin tener nada qué hacer, oyendo lo que no les importa, y numerosos como liendres.

Guanajuato (yo nací allí) es la tierra de María Santísima, el lugar en donde Nadie Aprendió a Hacer Nada, o Donde a Todos Se Les Olvidó Lo Que Sabían. Produjeron la mitad de la plata del mundo, y ahora nadie sabe darle un martillazo a un peso; la mejor cerámica del Centro de la República y ahora fabrican unas ollas capaces de desprestigiar a cualquiera; uno de los mejores barrocos del mundo, y cuando quieren imitar algo, imitan colonial californiano. A diferencia de lo ocurrido en San Miguel Allende, en Guanajuato ha habido una serie de bonanzas: primero mineras, después burocráticas, y por fin, turísticas. Esta circunstancia, unida a un rasgo del carácter guanajuatense, que considera que la base de todo desarrollo es la destrucción, ha producido el urbanismo *sui generis* tan apreciado por los visitantes.

Cuenta la leyenda que en una época de neoclasicismo furibundo, quemaron, por considerarlos de mal gusto, los retablos barrocos de la Parroquia en un Miércoles de Ceniza, y se los untaron en la frente a los fieles. A juzgar por los restos, la mayoría de las casas barrocas corrió una suerte semejante. De cualquier manera, supongo que hace cien años, Guanajuato era una ciudad neoclásica. A fin de siglo, vino otra bonanza minera, y con ella, nuevas construccio-

nes: el mercado *art nouveau* y el Teatro Juárez, dórico por fuera y morisco por dentro. En esa época las gentes de recursos construyeron sus casas veraniegas, como las de Trouville o Deuville, dos kilómetros afuera de la ciudad, en el Paseo de la Presa.

Hace veinticinco años, en Guanajuato no había turistas. Había dos hoteles: el Luna y el Palacio, y en cada uno de ellos, una regadera de presión, una tina y dos excusados. El precio, con alimentos, era de seis pesos; nosotros, por ser de buena familia, pagábamos tres. En el desayuno nadie tomaba fruta, sino filete con papas y un café con leche que no he vuelto a probar. Los extranjeros eran en su mayoría ingleses, empleados de las minas o de la Planta. Con cincuenta pesos se podía conseguir un juego de porcelana, un candil de prismas o una mesa francesa con plancha de mármol. Gran parte de la población, me parecía a mí, eran viejitas que se pasaban seis meses del año preparando un Nacimiento que dejaban puesto los otros seis.

Supongo que fue en los treinta cuando Luis Rodríguez dijo aquella famosa frase de: "Todavía quedan muchas alhóndigas por quemar"; y todos se la creyeron y la grabaron en el Monumento al Pípila, que es a Guanajuato, lo que la Torre Eiffel es a París.

La atmósfera, que es purísima, no ha cambiado, ni el clima, que es excelente, y sin embargo, la gente se pasa la vida diciendo que cada día hace más calor, y que las lluvias son más escasas; todo lo cual es mentira.

Después de la guerra se descubrió el valor turístico de las momias, del agua caliente y de los baños individuales; se abrió la carretera, y se inventaron las charamuscas y la genial frase de "deme un quinto para un pan"; se construyeron varios hoteles y se adaptaron otros, y hubo incluso quien aprendiera inglés. El lugar se llenó de americanos que pasean sin rumbo fijo; tomando fotografías han descubierto Guanajuato. A este fenómeno corresponde otro más importante, quizá, que es el descubrimiento de los Estados Unidos por los guanajuatenses. Todos los días llegan de las rancherías camiones cargados de aspirantes a braceros, quienes pasan el tiempo sentados en la banquetta, afuera de la Casa de Gobierno. No les falta nada, ni carinitas, ni tacos, ni aguas frescas; sólo trabajo.